

REFLEXIONES SOBRE EL ESPACIO GEOGRAFICO

Rosario MIRALBES BEDERA y Antonio HIGUERAS ARNAL

Dpto. de Geografía y Ordenación del Territorio
Universidad de Zaragoza

Resumen: Durante siglos la esencia del conocimiento geográfico no planteó ninguna duda: se trataba de conocer el mundo, descubriendo nuevas tierras, gentes y culturas. El hombre tenía curiosidad por conocer lo que existía a su alrededor. Pero hoy el hombre conoce todo el mundo. Por eso ha cambiado el objeto de los estudios geográficos. En la actualidad, el trabajo de los geógrafos consiste en la investigación de la organización del espacio y sus atributos, teniendo siempre presente que cada unidad espacial forma parte de un sistema territorial mas amplio.

Palabras clave: Espacio geográfico.

Abstract: For centuries the essence of geographical knowledge did not present any doubts: it was about getting to know the world, discovering new lands, peoples and cultures. Man had a curiosity to know what laid beyond his own surroundings. But today the entire world is known to man. That is why the subject of geographical studies has changed. At present, the work of geographers consists of researching into the organisation of space and its a attributes, always bearing in mind that every spatial area forms a part of a territorial system.

Key words: Geographical space.

Quienes hemos dedicado nuestra vida profesional al cultivo de una disciplina tan compleja como la Geografía, nos hemos preguntado muchas veces -y nos seguimos preguntando- acerca de la naturaleza del saber geográfico.

Durante siglos, por no decir milenios, la naturaleza del saber geográfico no ofreció dudas: se trataba de conocer el mundo, de descubrir las tierras, gentes y culturas que podían encontrarse más allá del horizonte del espacio habitual. En este punto, es necesario recordar que la Geografía nació en Grecia; es decir, en el núcleo originario de la cultura occidental, y muy en relación con la filosofía. Solamente una cultura que, como la griega, se plantease la naturaleza del hombre, de su existencia y de su papel en el concierto de las cosas del mundo, podía sentir interés, no exento de curiosidad, por lo que había más allá del espacio experimental y vivido. Por eso, la Geografía nació en Grecia.

Conocer el mundo ha sido, en realidad, el objeto principal de la Geografía casi hasta nuestros días. ¿Pero qué sucede hoy?. En el mundo actual, al acercarnos al tercer milenio, no queda ya nada por descubrir. Hoy no existe lo "desconocido", no sólo porque la superficie terrestre se conoce de forma exhaustiva, sino porque la comunicación ha llegado a ser instantánea y planetaria, y la interdependencia de las áreas de gran densidad de poblamiento es cada día más evidente: las decisiones que se toman en determinados centros vitales tienen, con frecuencia, un alcance mundial y contribuyen a configurar el espacio geográfico.

Nos encontramos, pues, muy lejos de la situación que vivieron nuestros antepasados al aproximarse el segundo milenio. Entonces el mundo se regía por creencias, mitos y leyendas y, además, estaba desvertebrado. La desvertebración era de tal magnitud que entre los diferentes focos de concentración humana apenas existía comunicación, y por lo tanto información, como no fuera la que provenía de viajeros singulares, cuyas noticias no siempre eran dignas de crédito. El conocimiento del mundo, contrariamente a lo que sucede en la actualidad, era muy imperfecto, y la tarea de los geógrafos consistía, obviamente, en perfeccionar ese conocimiento y divulgarlo.

Hoy, los centros de interés de los geógrafos han cambiado necesariamente. No se trata de encontrar espacios nuevos, sino de investigar acerca de los atributos de los espacios ya conocidos y de su organización, con el fin de singularizarlos, tarea que no

siempre resulta fácil. La Geografía tradicional consideraba los hechos geográficos en su dimensión espacial concreta. Pero en nuestra época es cada vez más evidente que los espacios geográficos son interdependientes, y que hay que estudiarlos como sistemas territoriales abiertos a la globalidad de áreas muy amplias e, incluso, del mundo entero. Eso no significa que el geógrafo tenga que olvidar la concreción que exige la naturaleza de su trabajo, sino que los sistemas territoriales se hallan sometidos a la influencia de elementos imprevistos. Algunas decisiones que adoptan agentes ajenos al espacio concreto son capaces de modificar la naturaleza y la organización del espacio en sí.

El espacio geográfico es, esencialmente, un espacio organizado y ahí radica, precisamente, su originalidad. Ello presupone la existencia de un orden lógico formado por la concurrencia de infinidad de elementos de muy diversa naturaleza y magnitud, tanto físicos, como humanos. Los elementos que convergen en el espacio geográfico no se disponen de forma aleatoria o caótica sino que todos ellos, aunque su número sea muy elevado, ocupan un lugar concreto y guardan entre sí relaciones lógicas. Cuando se trata de hechos físicos, las relaciones entre unos elementos y otros se rigen por las leyes físicas propias de su naturaleza, obedecen a relaciones de causa-efecto, presentan un elevado grado de determinación, y suelen ser permanentes a escala humana. Cuando los elementos que convergen son de naturaleza humana; es decir; económicos, culturales o sociales, las relaciones de causa-efecto no son tan evidentes; las leyes por las que se rigen son temporales, y apenas existe determinación. Una vez más hay que recordar el posibilismo vidaliano y el principio fundamental de la Geografía Humana de que todo lo que afecta al hombre está tocado de contingencia.

En un sistema, cualquiera que sea su naturaleza, y mucho más en los sistemas territoriales, todos los elementos que lo componen están ordenados y relacionados entre sí, de tal manera que si se modifica uno de ellos la modificación repercute, poco o mucho, directa o indirectamente, en todos los demás. La modificación de un solo elemento del sistema puede hacer que cambie la estructura del conjunto. Es lo que ya señalaba Humboldt al entender el mundo como un *Weltorganismus*.

La noción de sistema territorial es muy rica y su utilidad se pone especialmente de relieve cuando se hace Geografía Aplicada. Al geógrafo, como experto en sistemas territoriales, se le pide frecuentemente que participe en los procesos de ordenación del territorio. Esta ordenación exige la modificación o sustitución del sistema territorial

vigente por otro más adecuado al nuevo orden que se quiere establecer lo cual puede afectar, en grados muy diferentes, tanto a los elementos físicos del sistema como a los humanos. Esto es muy importante porque la organización y ordenación del espacio geográfico admiten muchas soluciones. En caso contrario los geógrafos no podríamos explicar satisfactoriamente la evolución de los paisajes. Otra vez hay que traer a colación el posibilismo de Vidal de la Blache que con tanta frecuencia olvida la moderna Geografía.

Cuando mediante una acción positiva se quiere modificar las condiciones actuales del espacio geográfico, hay que actuar siempre sobre los elementos del sistema territorial vigente. Para ello se requieren dos condiciones aparentemente obvias, pero que no siempre se tienen en cuenta. La primera es definir la situación actual del sistema como punto de partida; la segunda, saber con seguridad el fin que se persigue. Conocidas estas dos premisas, hay que reflexionar sobre los cauces más convenientes para alcanzar el fin propuesto.

El geógrafo está acostumbrado a analizar los elementos materiales de los sistemas territoriales. No en vano hay una corriente epistemológica relacionada con el concepto de paisaje, que entiende que la Geografía debe ocuparse exclusivamente de los objetos directamente perceptibles por los sentidos. No es éste nuestro punto de vista.

Se ha dicho, no sin razón, que el espacio geográfico es un producto social. Esta afirmación procede de las escuelas geográficas de raíz marxista y ha sido extraída directamente de las obras de Marx. Nosotros preferimos volver a la vieja tradición de la escuela geográfica francesa, que considera el espacio geográfico como un espacio humanizado, lo cual no le priva de su carácter social sino que lo realza, aunque con otro matiz.

La humanización del espacio geográfico resulta de un proceso muy largo y complejo, que casi nunca es lineal. Al analizar los procesos de humanización, cualquiera puede encontrar en ellos bifurcaciones, estancamientos, aceleraciones y "backwards". El espacio geográfico -espacio humanizado- tal como nos es dado percibirlo en su estado actual, no es nunca una construcción *ex novo*, sino el resultado de multitud de procesos cuyos agentes no siempre son asequibles a primera vista y su comprensión exige un laborioso proceso de reflexión y análisis. Sin embargo, estos

agentes tan poco perceptibles configuran muy eficazmente los sistemas territoriales. Vamos a señalar algunos de ellos:

- El marco jurídico-espacial.
- Los procesos de concentración-desconcentración.
- Las estructuras productivas.

Todos estos agentes -y otros muchos, que no consideramos ahora- son fundamentales en el análisis del espacio geográfico, pues forman parte del núcleo básico de los sistemas territoriales.

El marco jurídico-espacial condiciona el funcionamiento de los sistemas territoriales, pues la mayor o menor eficacia del sistema depende, en gran medida, del marco legal sobre el que se asienta. La complejidad del marco jurídico-espacial es enorme y, con frecuencia, difícil de precisar, pero es el fundamento de la organización del espacio.

En cualquier sistema territorial coexisten estructuras ancestrales que se pierden en el tiempo, con otras mucho más recientes. Las primeras suelen caracterizarse por su durabilidad; son estructuras heredadas cuyo origen es incierto y que se engloban en lo que se conoce como usos y costumbres. Las estructuras jurídico-territoriales modernas presentan una enorme variedad y su eficacia se manifiesta sobre todo en el plano político-administrativo.

Las estructuras territoriales de ámbito político-administrativo suelen darse en dos escalas diferentes, aunque complementarias e interdependientes. De una parte están las divisiones territoriales, de extensión y naturaleza muy diversas, que entre nosotros llamamos, por ejemplo, estado, región, provincia, comarca o municipio. De otra, las compilaciones legislativas que, no siendo estructuras territoriales en sentido estricto, crean marcos *ad hoc* para resaltar la singularidad de determinados elementos del sistema territorial. Desde los parques nacionales y las áreas protegidas, hasta los planes generales de ordenación urbana, planes especiales, áreas de actuación, etc., tenemos en nuestro país, y en todos los países desarrollados, abundantes ejemplos de estructuras jurídico-espaciales.

La articulación de un marco jurídico-territorial adecuado es indispensable para la consolidación del espacio geográfico. De la naturaleza de ese marco y de la importancia relativa que en el mismo se atribuya a unos u otros elementos dependerá el tipo de organización territorial y el aspecto que externamente adopte aquel espacio.

La escuela geográfica tradicional insistía mucho en la importancia del substrato cultural de los diferentes modos de vida para explicar los paisajes humanizados. Sin poner en duda este hecho, que es evidente, hoy las cosas suceden de otro modo. En las sociedades libres en las que concurren varias ofertas y proyectos políticos, la organización del espacio depende, en gran medida, del contenido ideológico de aquellos proyectos. Es decir, la configuración de los sistemas territoriales no depende solamente de los elementos materiales y técnicos que convergen sobre un espacio concreto, sino también de las ideologías que informan los programas políticos y orientan las actitudes respecto del uso de las técnicas disponibles.

En todo sistema territorial se manifiestan siempre *procesos de concentración-desconcentración*, como resultado de la movilidad inherente a los elementos del sistema y del propio sistema en su conjunto. *A priori* no se puede decir si estos procesos son beneficiosos o perjudiciales para la integridad del sistema. Unos y otros dependen de la valoración que la sociedad haga de dichos procesos en cada momento. Procesos de concentración industrial que antes se veían positivamente se perciben hoy como contaminantes y, por lo tanto rechazables. Los procesos de desconcentración son también frecuentes. Los más llamativos se acusan en los sistemas demográficos en regresión y en los industriales sometidos a reconversión. La valoración de estos procesos, en tanto que modificadores de los atributos del espacio geográfico, es siempre subjetiva, y admite muchas interpretaciones. De hecho, el equilibrio-desequilibrio territorial no es más que una consecuencia de los procesos de concentración-desconcentración.

Los procesos de concentración-desconcentración, están en estrecha relación con lo que, no sin reservas, podemos denominar humanización de los sistemas territoriales. El espacio humanizado, tal como lo hemos descrito antes, se caracteriza siempre por la existencia de centros de decisión o lugares centrales. Esta última expresión, todavía muy en boga es, sin embargo, muy vieja. Nació en los años treinta, para designar las

diferentes categorías de mercados, pero la esencia del concepto estaba ya implícita en la obra de Ritter y Ratzel.

A los centros de decisión corresponde definir en cada caso las condiciones de localización, la naturaleza de los elementos que formarán la concentración, y señalar las áreas concretas donde se va a producir aquella localización, llámense polos de crecimiento, áreas nodales, parques, centros regionales, áreas de descongestión, etc. Los desequilibrios territoriales nacen generalmente de la dialéctica concentración-desconcentración y de la ineficacia o falta de lugares centrales suficientemente jerarquizados. Cuando esto sucede se originan vacíos de difícil organización que acaban aislados de su entorno y con escasa capacidad de reacción ante la evolución del sistema. La eficacia de los centros de decisión es muy compleja, pues no depende de que tengan capacidad para regular uno o dos elementos del sistema territorial, sino que su acción debe extenderse al conjunto del mismo, según una gradación de escalas. El envejecimiento de la población y la emigración, que son ejemplos de desconcentración, no pueden analizarse sin tener en cuenta otros muchos elementos, como las infraestructuras y los servicios.

Las estructuras productivas contribuyen de manera decisiva a la configuración del espacio geográfico. Una de las características más interesantes de las estructuras productivas es su rigidez y su multiplicidad, aunque ahora vamos a ocuparnos solamente de las estructuras industriales y agrarias.

Desde que los geógrafos comenzaron a considerar los hechos económicos como uno de los atributos del espacio geográfico, no han dejado de insistir en la unidad territorial del sistema productivo. Pero tal unidad es cada día más endeble y solamente existe en la síntesis final, que suele expresarse en términos de renta (nacional, regional, comarcal, municipal, familiar, y *per cápita*) o por medio de cualquier otro indicador. La abundancia, rapidez y eficacia de los medios de transporte y la instantaneidad de las comunicaciones, incluso a escala planetaria, han roto la tradicional unidad de los sistemas productivos. Los factores geográficos de localización se ven postergados, cada vez con más frecuencia, por factores sociopolíticos, económicos y administrativos. Ya nadie habla de vocación para referirse al espacio geográfico. Las grandes tesis regionales francesas del período de entre guerras quedan ya muy lejos. En las modernas tesis de ámbito regional, el análisis de la región, en tanto que expresión de la síntesis geográfica, parte de la

consideración de la región como un sistema territorial estocástico; es decir, abierto. Y precisamente por eso, a veces, los elementos ajenos al sistema y sin presencia real *in situ*, tienen tanta o más importancia que los elementos presentes en el mismo y fácilmente identificables como se ha dicho

Los geógrafos y los expertos en ciencia regional mantenían que los asentamientos industriales se localizaban donde existía previamente una concentración de elementos productivos, ya fuesen hombres, capitales, materias primas, o capacidad de gestión. Pero este modelo ha perdido el carácter de generalidad que tuvo. Actualmente, los capitales, las materias primas, los hombres, la técnica y los productos semielaborados se desplazan, siempre que es necesario, no importa a qué distancia. La localización industrial, contrariamente a lo que sucedía hasta no hace mucho tiempo, no es solamente consecuencia de la existencia de elementos materiales, sino que responde también, y de manera creciente, a incentivos psicológicos y de rentabilidad difícilmente valorables. Eso sin contar con los comportamientos guiados por incentivos político-administrativos, como ya se ha explicado.

Si desde el punto de vista de la localización industrial difícilmente puede hablarse de vocación, la nueva revolución agraria a la que estamos asistiendo parece que conducirá a medio plazo a una situación semejante. Cuesta aceptar esta afirmación, pero los avances de las técnicas agropecuarias y los descubrimientos biogenéticos, aplicables tanto a las plantas como a los animales, están creando una situación nueva que no sabemos como repercutirá en los sistemas agrarios ni en la configuración del espacio geográfico.

En los sistemas productivos tradicionales, los elementos agrarios tenían una gran importancia. La noción de género de vida, nació al comparar las diferentes soluciones que se aplicaban en el mundo para resolver los mismos problemas como son los de la alimentación, la vivienda y el vestido. Cuando se sale del ámbito agrario es difícil mantener la noción de género de vida y ha habido que acuñar conceptos como el de modo de vida que tiene mejor cabida en las referencias a los sistemas industriales.

Los sistemas agrarios han tenido hasta hoy, y todavía conservan, un marcado carácter ecológico. En efecto, decía Faucher, el maestro de la Geografía Agraria, que en el mundo se conocen al menos 300.000 especies de plantas fanerógamas. De ellas, el hombre cultiva solamente 300 y entre éstas, 30 especies proporcionan el 90 % de los

recursos alimenticios de la humanidad, bien directamente o a través de la ganadería. A lo largo del tiempo, el hombre ha hecho una selección inteligente de los cultivos que le eran más favorables y que mejor se adaptaban a las condiciones ecológicas de su medio físico. Las grandes migraciones de la humanidad y su área de expansión han estado siempre condicionadas por la posibilidad de cultivar las plantas y criar los animales propios del género de vida elegido. La naturaleza del espacio geográfico y de sus atributos medioambientales determinaban en gran medida las características de los sistemas agrarios. Los agricultores, en sentido estricto, no consistía sino en el conjunto de técnicas puestas en práctica para que las plantas se desarrollasen en su óptimo ecológico o en condiciones muy próximas a él, y para facilitar estas prácticas se establecían regulaciones jurídicas y se creaban modelos de poblamiento *ad hoc*.

Los sistemas agrarios actuales, generalmente muy avanzados, van perdiendo, poco a poco, la dependencia ecológica que siempre han tenido respecto del medio geográfico. Estamos asistiendo a una nueva revolución agraria fuertemente impregnada de cientifismo que avanza en dos direcciones. De una parte, introduciendo innovaciones genéticas; de otra, generalizando o creando sistemas ecológicos artificiales. Respecto de la primera, mediante manipulaciones genéticas, se están consiguiendo variedades vegetales de rendimientos insospechados hace tan sólo unos años. En cuanto a la segunda hay que decir, asimismo, que es posible crear condiciones ecológicas óptimas para el crecimiento vegetal mediante la aplicación de tecnologías de climatización, aunque de momento no sea más que a pequeña escala. En algunas de las regiones más áridas, como sucede en el Sur de España, o en los terrenos ganados al mar en Holanda, los paisajes tradicionales están siendo sustituidos por paisajes de entoldados que encierran microclimas artificiales. Así se explica que los mercados agrícolas muevan ingentes cantidades de productos tropicales que proceden de zonas frías o áridas debidamente acondicionadas.

Lo dicho acerca de los sistemas industrial y agrario puede aplicarse también a otros sistemas territoriales, como la red de caminos y redes urbanas, y la de asentamientos de la población. Esto significa que una de las características del espacio geográfico, como es su aspecto o fisonomía, es decir, el paisaje, que en los años veinte y treinta se convirtió en la razón de ser de la Geografía, ha perdido actualidad. Los paisajes se caracterizaban, entre otras cosas, por su durabilidad, por su permanencia y su resistencia al cambio, pues cada tipo de paisaje era consecuencia de un determinado modo de vida. Hoy sucede todo lo contrario. Se puede hablar de paisajes naturales,

pero difícilmente de paisajes humanizados, en el sentido tradicional del término, por la rapidez con que éstos cambian. Se ha dicho que la historia construye la ciudad y que la tradición construye los paisajes. Hoy se puede asegurar que cada generación construye su propio paisaje geográfico. De ahí la afirmación recogida más arriba de que el espacio es un producto social, aunque ya hemos dicho que nosotros aceptamos el calificativo con ciertos matices.

Estas reflexiones nos han llevado a la conclusión de que estamos asistiendo a un proceso de transformación acelerada del espacio geográfico. Los puntos de partida tradicionales del análisis geográfico se van quedando anticuados, y ello es motivo de preocupación para las escuelas geográficas ya consolidadas, y de desconcierto entre los jóvenes geógrafos. La preocupación de los primeros se debe a que otras disciplinas afines han copiado muchos de los métodos y técnicas de estudio que antes se consideraban patrimonio exclusivo de los geógrafos. La preocupación de los jóvenes geógrafos nace de que no ven con claridad el objeto de la Geografía, porque aunque se dice que este objeto es el espacio organizado -así lo hemos hecho constar más arriba-la fugacidad de esa organización, al menos en sus elementos más perceptibles, es un factor de desconcierto.

Esta situación no es nueva. Desde su aparición en el siglo XVIII como disciplina científica, la Geografía no ha dejado nunca de estudiar la superficie terrestre, pero su punto de vista ha cambiado. Primero fue una disciplina de causalidades que insistía en el porqué de los hechos, como correspondía a una época impregnada de positivismo y determinismo. Luego se dijo que la Geografía era una ciencia de relaciones, y que el geógrafo debía buscar, ante todo, el cómo de esas relaciones. Finalmente, la Geografía se ha querido convertir en una disciplina de utilidades, que pretende influir en las decisiones que se toman para la planificación del territorio. El objeto de la Geografía no ha cambiado, pero se expresa de modo diferente a tenor de lo que aconsejan las nuevas corrientes sociales, económicas y político-administrativas. Esto tiene ventajas e inconvenientes. Las ventajas son que al geógrafo le cabe intervenir en los procesos de planificación con equipos interdisciplinarios; los inconvenientes están en que el espacio geográfico, que el geógrafo consideraba de su exclusivo ámbito de actuación, se lo

disputan ahora otros profesionales. Y esto nos retrotrae de nuevo al debate epistemológico.

Cuando se vió que la Geografía carecía de un objeto exclusivo se dijo, y se sigue diciendo, no sin razón, que las ciencias no se definen solamente por su objeto, sino también, y sobre todo, por su método. En ésto radica precisamente la originalidad de la Geografía. El método geográfico consiste en considerar los hechos geográficos como un todo; es decir, como una síntesis del conjunto de elementos que concurren simultáneamente sobre una porción de la superficie terrestre. El espacio geográfico puede definirse pues: por su aspecto (el paisaje); por su papel respecto de otros espacios (las funciones); por su prepotencia en un contexto dado (enfrentamientos centro-periferia); por su forma de organización (estado, región, etc.); por la naturaleza de sus atributos (tipología), etc.

Esta metodología ha dado excelentes frutos, pero existe un problema que no ha sido resuelto. ¿Cómo se llega a la síntesis geográfica?. Los objetos globales se perciben normalmente con claridad, ya que su evidencia ahorra cualquier tipo de razonamiento, pero esa evidencia casi nunca dice nada respecto de la estructura, naturaleza, funcionamiento y evolución del objeto percibido. El conocimiento científico se dirige siempre, tanto como le es posible, hacia la naturaleza y esencia de los hechos que constituyen su objeto. Las diferentes parcelas del saber solamente se dominan cuando se conoce la estructura interna de aquellos hechos, todos y cada uno de los elementos que los integran, y las relaciones que existen de unos con otros entre sí y con el todo; es decir, cuando se tiene un conocimiento sintético del hecho estudiado. Pero los procesos del conocimiento humano no son sintéticos sino analíticos. Para llegar a la síntesis final el intelecto procede siempre mediante el análisis, descomponiendo en partes el todo que desea conocer.

Este hecho presenta muchas dificultades a los geógrafos, porque no podemos llegar a conocer un objeto sin analizarlo y, cuando lo analizamos, no es raro que se pierda la visión de conjunto, que es lo esencial del trabajo del geógrafo. Todos sabemos lo que es un bosque, pero es dudoso que la mejor manera de analizar un bosque sea estudiar árbol por árbol. Sin embargo, salvando las distancias del ejemplo, eso es lo que los geógrafos hacemos con demasiada frecuencia: somos capaces de analizar exhaustivamente todos y cada uno de los elementos del espacio geográfico, pero solemos caer en el absurdo de perder de vista el hecho geográfico en sí; es decir, su

complejidad, heterogeneidad y globalidad, que son las notas características de los hechos geográficos.

Para evitar estos peligros, hay que volver a las raíces y confirmar lo que siempre ha sido el objeto de la Geografía: la superficie terrestre, el espacio geográfico, o cualquier otro término que recoja el concepto esencial que encierra la definición etimológica de Geografía. De ahí que la cartografía temática siga siendo uno de los métodos geográficos por excelencia, y que hoy en día se revaloriza gracias a las modernas técnicas.

La Geografía estudia siempre el territorio y todo lo que contiene, tanto si es material como inmaterial; si es percibido directamente por los sentidos como si no lo es, y cualesquiera que sean su naturaleza, origen, atributos y evolución. En esto coincide parcialmente con algunas otras disciplinas, pero hay matices que conviene resaltar. Para el profesional de otras disciplinas, el territorio es única y exclusivamente el soporte locacional de los hechos que estudia. Para el geógrafo, por el contrario, el territorio o, si se prefiere, el espacio, no es una variable más de las muchas que hay que tener en cuenta, sino la raíz, la esencia misma del hecho geográfico. No hay Geografía sin espacio. Los centros de interés que animan el trabajo del geógrafo y hacen de él un especialista, estarían viciados en origen si no se refirieran siempre al espacio geográfico. Es aquí, en el espacio geográfico, donde los elementos singulares se relacionan entre sí para dar complejas formas de organización y sistemas territoriales.